



ACTUALIDAD DE CAJAL

FOR

PEDRO LAIN ENTRALGO

Dibujo facsímil original de Cajal, representando las conexiones de las células nerviosas.

A lo largo de estos dos últimos años parece haber ido ganando lozanía la nunca marchita actualidad histórica de don Santiago Ramón y Cajal. Unos cuantos libros y algunos sucesos científicos son testimonio fehaciente de tan visible auge. Entre aquéllos, los de Marañón (CAJAL, SU TIEMPO Y EL NUESTRO. Madrid, 1950), García Durán (DEL SENTIMIENTO E IDEA POLÍTICA EN DON SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL. Madrid, 1948) y uno, harto breve, mío (DOS BIÓLOGOS: CLAUDIO BERNARD Y RAMÓN Y CAJAL. Buenos Aires, 1949), en lengua castellana; el de Egas Moniz (RAMÓN Y CAJAL. Lisboa, 1950), en portugués, y el de Dorothy Cannon (EXPLORER OF THE HUMAN BRAIN. THE LIFE OF SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL. New York, 1949), en inglés. Unánse a este homenaje memorativo las lecciones de Fernando de Castro en Wiesbaden y Estocolmo. Con los mejores auspicios se anuncia, en verdad, al ya próximo centenario del maestro.

Quiero destacar el libro de Gregorio Marañón¹; y no sólo por la clara belleza literaria de sus páginas, a un tiempo gráciles y precisas, sino por su concreta significación humana y española. A los quince años de morir un español egregio, otro español, egregio también, y muy próximo en oficio, hace el balance de su obra. Todo contacto entre dos hombres eminentes tiene siempre para el espectador atento, y aun para el simple transeúnte, una punta de dramatismo, de punzante y significativa espectacularidad. Más aún, cuando el encuentro es deliberadamente crítico. Dos personas representativas, cada una a su modo, de esta cosa tan compleja y multiforme que lla-

¹ *Cajal, su tiempo y el nuestro*. Un volumen de 116 páginas. Colección «El viento sur». Angel Zúñiga, editor. Santander-Madrid, 1950. 118 páginas.

manos «ser hombre», tal vez dos momentos de la historia, van a ponerse frente a frente. ¿Qué resultará de ello? ¿Qué luces y qué problemas descubrirá, para su propio modo de ser hombre, el contemplador del suceso?

Dos partes deben ser distinguidas en el sugestivo estudio de Marañón. La primera, más amplia, es un coloquio del autor con la sombra de Cajal, según los textos en que ésta nos habla; la segunda constituye una breve meditación personal, más o menos apoyada sobre hechos y dichos del maestro, en torno a varias cuestiones de nuestro tiempo. Pese a la interna unidad de entrambas conviene examinarlas por separado.

Ved el conspecto de la primera. Pondera Marañón la solidez de la obra de Cajal², y dibuja certera y limpiamente la menguada situación de la ciencia española cuando esa obra ciclópea fué iniciada. Sobre este plinto se levantan los temas de la parte coloquial del libro: la ciencia y la medicina españolas en y desde la obra de Cajal; la lección del doble patriotismo, crítico y positivo o creador, de nuestro sabio; la triple condición de éste—hombre de ciencia, escritor, maestro—y su enorme eficacia sobre la vida de España. Con el recio magisterio del gran histólogo se entrelaza, en estas páginas, el magisterio más sutil y maduro del clínico e historiador.

La actitud espiritual de Marañón ante Cajal es admirativa y amorosa, pero insobornable. «Esto no podría proferirse hoy ni aun por labios tan insignes como los suyos», escribe en una ocasión. «No. A la verdad se puede llegar por todos los caminos», apostilla en otra; y así en no pocas páginas más. Tres instancias determinan, a mi juicio, la génesis de este aderezo, tan finamente ponderado, entre la veneración y el discernimiento.

Una es «histórica», en el más estricto sentido de la palabra. Puesto que toda situación es, quiérase o no, una suerte de provisional madurez o sazón de las precedentes, parece inevitable que el contemplador del pasado lo haga siempre «desde arriba». Mi talla de media pulgada desaparece, por ejemplo, junto a los veinte codos del titán Virchow; pero ello no impide que yo, desde mi situación, y precisamente porque la obra de Virchow es uno de los momentos que la constituyen, mire «desde arriba» al sabio prusiano. Por eso en la contemplación del pasado—en la contemplación auténtica de lo que fué, no en su empleo propagandístico—hay siempre como un relieve de ternura: nostálgica, si el contemplador reniega de su presente y teme a su futuro; meramente comprensiva, cuando, como en este caso, sabe el crítico vivir, pensar y crear. Desde 1950 contempla Marañón al Cajal de 1897. La nueva situación histórica no es mollar, sino agria, desengañada, henchida de amenazas; pero es ulterior a la más cómoda e ilusionada de entonces y, por tanto, provisional.

² Permitase que el historiador de la Medicina haga un comentario marginal *pro domo sua*. A modo de ilustración de su innegable tesis contraponen Marañón la vigencia de los hallazgos de Cajal y la lejanía histórica de la entonces tamosa *Patología general*, de Cohnheim. «Hoy no podemos aprovechar una sola página de su vasto libro», escribe. ¿No hay en ello cierta hipérbole negativa?

mente «madura» respecto a ella. De ahí que Marañón pueda mirar a Cajal con honda admiración y sereno discernimiento; esto es, con un adarme de ternura.

La segunda razón es «temperamental» o, si se quiere, caracterológica. Expresémosla con términos sacados de la inagotable cantera antigua: Cajal fué un hombre de compleción homérica; Marañón es un hombre de corte plutarquiano. En la sustancia de los hombres homéricos, con la fecunda grandeza, va esencialmente unida cierta primitiva, impulimentada tosquedad. En los hombres plutarquianos—quiero decir: forjados a la manera de Plutarco—, la proceridad está hecha de reflexión, de complejidad, de espiritual delicadeza. Tanto más si, como en el individual caso de Marañón acontece, esa contextura de la inteligencia se halla impregnada hasta en su más intelectual ejercicio por una cálida emanación de cordialidad. Todo lo cual da su especial condición a la mirada de este gran crítico—mirada amorosa y discriminadora—hacia la obra del homérico Ramón y Cajal.

La tercera instancia puede ser tal vez definida como «profesional». Marañón es clínico e historiador, hombre habituado a considerar la multímoda y mudadiza complicación de la existencia humana. Cuentan que cuando a Ludolf Krehl, gran clínico alemán, le proponían sus asistentes un dilema diagnóstico o fisiopatológico, un «o esto, o lo otro», solía contestar: «O también, lo uno y lo otro.» Actitud de clínico, de persona ante cuyos ojos aparece la vida humana tal y como ella es, sometida, es cierto, a reglas, pero también capaz de variar insospechablemente, y aun de contradecirse. Y Dilthey, pastor de historiadores, exigía de éstos la comprensión de «lo malo, lo terrible y lo feo», dentro del orden del universo. Quien, como Marañón, sea con tan armoniosa eminencia clínico e historiador, ¿no se hallará singularmente dotado para discernir—con amor, con lucidez, con ternura—la grandeza y la debilidad de los grandes hombres, Cajal en este caso?

En la segunda parte del libro prevalece el monólogo sobre el coloquio; el crítico se trueca en meditador. «Después de glorificar la obra cajaliana, debemos, dentro de las posibilidades de cada uno, aprestarnos a examinar otra vez la situación de la ciencia española, y en especial de la Biología, de la Medicina, que fueron la preocupación preferente del maestro.» Una serie de temas—la situación del sabio en el mundo actual, las plagas de la medicina contemporánea, la elección del profesorado—dan estructura a esta meditación.

El punto de partida es optimista, pero exigente: «Las palabras que Cajal escribía en 1923—«el cuadro de conjunto es consolador y abre al patriota español perspectivas luminosas»—las tendría hoy que repetir con fervor renovado.» Advierte Marañón, no obstante, la imperativa y acrecida necesidad de poner bajo esa alada melodía un severo contrapunto, también del propio Cajal: «Convengamos en que el fruto es deficiente y harto inferior a nuestra potencialidad productiva. Avanzamos a paso de tortuga, cuando necesitaríamos velocidades planetarias.»

He aquí, reducidos a seca enumeración mía, los motivos integrantes de ese contrapunto, según la perspicaz pesquisa de nuestro autor : 1.º La imperiosa necesidad de conceder al investigador científico, al *verdadero* investigador, no al «cientificista» ni al «prebendado», la holgura económica y la paz espiritual que su oficio requiere. 2.º La elección idónea del profesorado universitario, y, como primera providencia, la supresión de «las bárbaras y anticuadas oposiciones, vergüenza y cáncer de la Universidad española». 3.º La urgencia de atender en primer término a los hombres, y en segundo, a los edificios : que el cascarón no sea nunca más amplio e importante que el huevo. 4.º La grave obligación de proceder con anchura nacional en la recluta de hombres aptos para el trabajo científico. Todo ello es rigurosamente impecable, al menos para mí. ¿No habrá, sin embargo, un leve exceso de optimismo en estimar que la práctica de oposiciones es «la causa fundamental de los defectos de nuestro profesorado»? Y conste que me hallo a muchas leguas de ese «oposicionismo» que Marañón tan justicieramente vitupera.

Al examen cajalano de 1897—año del DISCURSO con que Cajal ingresó en la Real Academia de Ciencias³—sigue, medio siglo después, éste de Gregorio Marañón. Más complejo y matizado que aquél, pero no menos generoso y optimista, no menos animosamente abierto hacia el futuro de España. La ternura frente al pasado no es ahora ocasión de nostalgia, sino fuente de esperanza. Mientras ese incierto y oneroso futuro va actualizándose, a favor de nuestra obra cotidiana, todos los españoles hemos de agradecer a Marañón esta valiosa lección de inteligencia, de cordialidad, de ponderación cabal y elegante.

Pedro Laín Entralgo.
Lista, 11.
MADRID (España).

³ Discurso que después constituyó el libro *Reglas y consejos para la investigación biológica* (1.ª edición, 1898).